

## Terceras Jornadas de la Revista Conflicto Social

# Segundo Panel

**ADRIAN PIVA. CONICET.** Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

En líneas generales, las prácticas de investigación establecidas suelen condicionar trabajos o estudios de largo alcance espacio-temporal. En ese sentido, el tema de las jornadas, los 30 años de democracia en Argentina, ofrece una buena ocasión para proponer algunas hipótesis de largo plazo. Por lo tanto, las que voy a sugerir son, básicamente, hipótesis que deberán ser sometidas a prueba en el futuro, aunque para apoyarlas voy a exponer algunos resultados de investigación.

Como el tema de la convocatoria es muy amplio, me voy a centrar en un aspecto en particular y para plantear el problema que pienso tratar, voy a entrar directamente al tema y a proponer la primera hipótesis. Y es que en el origen del actual periodo democrático que se inicia en 1983, hay una relación de fuerzas originaria que tiene un doble carácter o un doble aspecto y que en mi opinión es muy importante para entender la dinámica política que caracterizó estos treinta años.

Por un lado, la estabilización del régimen político democrático después del '83 fue posible en virtud de la derrota de la clase obrera, a partir del golpe militar de 1976. Eso es lo que explica la estabilización del régimen democrático. No tengo que mencionar acá la historia previa a 1976, las dificultades para establecer una dominación política de carácter democrático. Pero, por otro lado, esa derrota afectó fundamentalmente las capacidades ofensivas de la clase obrera, y la clase obrera emergió con una fuerte capacidad defensiva en 1983. Este doble aspecto de la relación de fuerzas originaria de la democracia creó

una situación paradójica: por un lado, una clase obrera debilitada respecto del periodo previo a 1976, debilitada en un sentido muy preciso. En primer lugar, con un menor peso político de sus organizaciones sindicales. En segundo lugar, con el bloque sociopolítico al que pertenecía, y que se expresaba básicamente en el peronismo, en crisis y en tercer lugar, debilitada en el sentido de una menor capacidad para articular una alternativa política en la que su intervención fuera decisiva.

Pero, por otro lado, al mismo tiempo que salía derrotada y debilitada, era capaz de imponer límites a la estabilización de la dominación capitalista. Esta situación paradójica, en mi opinión, dio lugar durante estos treinta años a una continuidad inédita en Argentina del régimen democrático. Al mismo tiempo, esta continuidad se desarrolló a través de un curso de alta inestabilidad política y esa alta inestabilidad política, creo, tiene su corazón en las dificultades para subordinar políticamente al trabajo de un modo perdurable.

Mi exposición, entonces, va a girar alrededor de este problema. En particular me voy a referir a las crisis de 1989 y de 2001 como dos momentos significativos y a partir de ese análisis también voy a referirme a la cuestión de la periodización del ciclo democrático. El doble carácter de la relación de fuerzas que mencionaba al principio se puede encontrar ya a la salida de la dictadura. O sea, la dictadura por un lado resulta exitosa en cuanto al logro de sus objetivos políticos de más largo alcance, el disciplinamiento de la clase obrera. Al mismo tiempo, se retira en un contexto de crisis y movilizaciones que hasta cierto punto sella el lugar, el destino, que van a tener las fuerzas armadas en la democracia argentina posterior, a diferencia de lo que pasó en Brasil, Chile, Uruguay. De hecho, el gobierno de Alfonsín se enfrenta ya a esa capacidad de-

fensiva de la clase obrera en el primer año cuando intenta imponer la Ley Mucci.<sup>1</sup>

La Ley Mucci no apuntaba sólo a modificar el sistema de relaciones laborales sino que, por el lugar que tenían los sindicatos y la relación de los sindicatos con el estado, afectaba al régimen político. Pero lo esencial de esa capacidad defensiva se puso de manifiesto en la capacidad de veto de la clase obrera a los intentos de avanzar en el proceso de la reestructuración del capital y del estado, particularmente a partir del “Plan Austral” y el “Plan Primavera”. En ese sentido el ‘89 es un año crucial en la periodización de todo el ciclo abierto en el ‘83 y que expresa particularmente la paradoja señalada. ¿Por qué? Porque lo que se expresa en la crisis del ‘89 es justamente la capacidad de veto de ese proceso de reestructuración del capital y, simultáneamente, la incapacidad de la clase obrera de articular una alternativa política.

Esto determinó un proceso de profundización de la crisis. Es decir, la capacidad de veto de la clase obrera -paradojalmente- determinó un camino de profundización de la crisis que adoptó una forma hiperinflacionaria y con eso habilitó la posibilidad de un consenso en torno a aquel proceso de reestructuración inicialmente bloqueado. O sea, (retomando a Bonnet) el proceso hiperinflacionario en cuanto proceso de disolución de las relaciones sociales, en cuanto amenaza para la reproducción del conjunto de las clases, pudo constituirse en fundamento de un consenso alrededor de ese proceso de reestructuración.

Decía que el ‘89 era particularmente importante para ensayar una periodización y, en ese sentido, podemos afirmar que el ‘89 cierra un largo periodo, que denominamos transicional, y al que, un tanto arbitrariamente, ponemos como fecha de inicio marzo del ‘76, (también podríamos fechar su inicio en el Rodriga-

---

<sup>1</sup> La ley de Reordenamiento Sindical de diciembre de 1983 se conoció como “ley Mucci”, por el entonces Ministro de Trabajo, Antonio Mucci, antiguo dirigente del gremio gráfico. El proyecto pretendía introducir las minorías en el gobierno de las organizaciones sindicales, además de restringirles el control de sus fondos, como una forma de democratizar esas organizaciones.

zo del '75). En este período se desarrolla una crisis del modo de acumulación, de la forma de la lucha de clases y de la forma de estado del periodo previo. Lo que posibilitó un conjunto de transformaciones que van a ser duraderas en el capitalismo argentino a partir del año '89 es una alteración radical de la relación de fuerzas entre las clases. Es esa alteración radical de la relación de fuerzas entre capital y trabajo lo que posibilitó también la constitución de una hegemonía durante los años '90. Alberto Bonnet la llamó "hegemonía neoconservadora"; yo la denominé "hegemonía débil", pero no en el sentido de una hegemonía que fuera poco sólida sino en el sentido de que se fundamentaba en mecanismos coercitivos de producción de consenso negativo: amenaza hiperinflacionaria, alto desempleo, fragmentación de la clase obrera, etc.

Esta alteración radical en la relación de fuerzas entre las clases se basó en la fragmentación de la clase obrera y como contra partida en una sólida unidad de la clase dominante. Sin embargo, esta subordinación del trabajo pareció a la luz de los sucesos posteriores, particularmente de la crisis de 2001, menos duradera de lo que parecía inicialmente. Ya desde los años '96 - '97 se inicia un proceso de movilización de trabajadores desocupados, de sectores medios, pero fundamentalmente en el año 2001 se desarrolla un proceso de movilización social muy intenso y en diciembre este proceso de movilización es capaz de bloquear la vía deflacionaria de salida de la crisis. De vuelta aparece aquella relación de fuerzas paradójica que señala los límites de la subordinación y de la insubordinación del trabajo.

Sin embargo, el modo asumido por el proceso de movilización manifestó los procesos de transformación que se habían desarrollado en la década del noventa. El proceso de movilización de 2001 fue un proceso de movilizaciones múltiples, temporalmente yuxtapuestas, pero con nulo o escaso grado de articulación. Es decir, la mayor parte de los que participaron de esas movilizaciones lo hicieron en calidad de individuos, como parte de masas indiferenciadas, de pobres o de ciudadanos. Este modo de la movilización lo que manifestó fue un proceso de desorganización de la acción de la clase obrera y de desproletari-

zación subjetiva que durante la década del noventa se había manifestado en una caída cuantitativa del conflicto obrero y también en una pérdida de peso de las luchas obreras en el espacio de las luchas sociales.

Pero de nuevo lo que se advierte en 2001 es esta paradoja: la capacidad de bloqueo de la vía deflacionaria de salida de la crisis y una incapacidad de articulación de una salida política. Por esa razón el bloqueo de la vía deflacionaria de 2001 se troca durante 2002 en ofensiva inflacionaria sobre el trabajo. Sin embargo, 2001 y 1989 son muy distintos porque, si bien en ambos están presentes estos dos aspectos, en el '89 lo que domina es un proceso de derrota de la capacidad de veto del proceso de reestructuración, mientras que lo que domina en 2001 es el límite a la ofensiva del capital desarrollada en los noventa. Eso explica, desde mi punto de vista, dos características que tiene el proceso de recomposición de la dominación posterior de 2003.

En primer lugar, que la recomposición del consenso post 2003 tuvo que asumir la forma de un proceso de recuperación, resignificación y satisfacción gradual de demandas de grupos sociales movilizados, que tuvo, además, un carácter neo populista. Por razones de tiempo no puedo extenderme sobre este punto, pero para mí el término "neo populismo" tiene un carácter bien definido que refiere a un modo específico de incorporación política de los sectores populares en América Latina, pero lo podemos charlar después, cuando se abra el debate. Y en segundo lugar que en ese marco se observa un proceso de recuperación de la acción sindical, se observa un aumento del peso de los sindicatos en los mecanismos estatales de resolución de conflictos (la aparición de las paritarias, etc.) y también una transformación aunque limitada del proceso de fragmentación y descentralización de las luchas obreras de los noventa en la emergencia de un sindicalismo de base que recupera prácticas disruptivas de los procesos de movilización de la última parte de los noventa y 2001. Digo limitada porque tienen baja densidad y volumen sociales, lo que está en la base de la explicación de por qué no logró poner en cuestión seriamente todavía a

las direcciones sindicales. Pero es un desarrollo que hay que atender y es una reversión parcial de un proceso que se desarrolla en los noventa.

En ese sentido, entonces, para terminar, quisiera referir a la hipótesis inicial y volver sobre el problema de la periodización. En relación a la hipótesis inicial, tanto en 1989 como en 2001, y también en los procesos de recomposición posteriores, lo que se pone en juego es la capacidad de veto de la clase obrera y la simultánea incapacidad de articulación de una alternativa política en la que su intervención fuera decisiva. Pero lo que se juega también es lo que intentaba plantear al principio: las dificultades para una subordinación política perdurable del trabajo, como un rasgo de la democracia desde el '83 en Argentina.

En ese sentido, resulta sugestiva una hipótesis que plantea Astarita en algunos de los artículos de su blog. El plantea en relación a una tesis muy difundida en la heterodoxia económica que es la existencia de una baja tasa de reinversión de utilidades de la burguesía local. Señala -yo acuerdo-, retomando a algunos teóricos norteamericanos de la escuela de la estructura social de la acumulación, que no hay que mirar sólo la tasa de ganancia a la hora de analizar el comportamiento inversor de la burguesía sino que la burguesía también se fija en otros aspectos que hacen al marco social de la acumulación. O sea, la estabilidad política, la seguridad jurídica, etc.

En ese sentido, él invierte (si lo entiendo bien, que me corrija en todo caso) la tesis de Sábato. Sábato explicaba la inestabilidad política a partir de un comportamiento cortoplacista, rentista, de la burguesía; acá aparece invertida la explicación. En todo caso el cortoplacismo aparece explicado por la inestabilidad política. Yo creo que un aspecto crucial de esa inestabilidad política son las dificultades para subordinar de manera duradera al trabajo.

En ese sentido, es interesante la comparación con Brasil y Chile. Porque por lo general quienes tienen la ilusión de la industrialización capitalista inclusiva en Argentina, que apuestan a un proyecto de ese tipo, vienen a plantear como causa del proceso de industrialización de Brasil una política continuada en el

tiempo de intervención del estado en esa dirección, desde la dictadura del '64 y con continuidad a través de la democracia. En realidad acá también podríamos invertir la explicación y decir que esa continuidad lo que refleja es una subordinación política perdurable del trabajo. De hecho, la clase obrera brasileña en el '64 y aún hacia finales de los setenta, hacia el final de la dictadura, a principios de los ochenta, siempre fue más débil que la clase obrera argentina. Y, de una manera más realista, la derecha también reconoce en la subordinación de la clase obrera en Chile en el '73 y en su continuidad después de la normalización democrática, un fundamento de cierta continuidad de la inversión, del desarrollo de infraestructura, etc., lo cual podríamos decir que hasta cierto punto es cierto.

Y por eso causa inquietud, o causó inquietud y debate, si el modelo chileno está en cuestión, si continúa o no a partir del proceso de movilización de 2011 y 2012; lo mismo alguna inquietud ha causado el proceso de movilización en Brasil. También en ambos países la posición de las FF.AA. y lo que los “transitólogos” han llamado “el legado autoritario de las democracias” es mucho más fuerte y todos estos elementos señalan una relación de fuerzas originaria de esas democracias muy distinta de la democracia argentina.

Ya para cerrar entonces, volviendo a la Argentina, si observamos el largo plazo, desde 1983, la clase obrera tendió a debilitarse. Ello se vincula, en mi opinión, en gran medida a su incapacidad para recrear una alternativa política en la que su intervención resultara decisiva. A pesar de la recuperación de la acción sindical y de la recuperación de la acción de la clase obrera en los últimos años, el saldo de largo plazo es un debilitamiento de la clase obrera. Por supuesto que el proceso está abierto. Hay que ver qué sucede en el futuro con este proceso de recuperación, pero el saldo de largo plazo ha sido hasta ahora un debilitamiento de la clase obrera. Y en este sentido es que, volviendo al problema de la periodización, creo que hay que considerar el periodo abierto después de 2001 como un subperíodo dentro del periodo abierto en el '89. Me parece que hay dos rasgos al menos que son importantes para esto: el prime-

ro, ciertos rasgos estructurales, profundos, del tipo de inserción de Argentina en el mercado mundial, del modo de acumulación. Por otro lado, esta debilidad relativa de la clase obrera respecto del periodo pre '89, que es un rasgo decisivo de la dinámica económico- política del '89 en adelante.

Para finalizar, simplemente un comentario más inmediatamente político, y es que de alguna manera esta situación paradójica en que se encuentra la clase obrera (capacidad de veto- incapacidad de articular una alternativa política) es el fundamento del doble chantaje al que hoy se ve sometida. Por un lado, la exigencia de ser responsable frente a un proceso de crisis o de estancamiento, es decir, aceptar caída del salario real, es decir, renunciar a la capacidad de veto. Por otro lado, el chantaje de que movilizarse frente al gobierno implica ser funcional a la derecha, lo que supone su incapacidad de construir una alternativa política superadora del kirchnerismo. Es decir, este doble chantaje está estrechamente vinculado a la situación paradójica en la que se encuentran los trabajadores, aún debilitados, y ambos chantajes se han tendido a fusionar en los últimos días, o sea con las últimas medidas.

Yo creo que la necesidad de la construcción de una alternativa anti capitalista o socialista no es una mera enunciación abstracta en la medida que se conecta concretamente con esta situación paradójica. La única manera de romper con ese chantaje, o sea de romper con esa situación en la cual la capacidad de veto sólo puede conducir a la profundización de la crisis y al mismo tiempo existe una dificultad para construir una alternativa política, es actuar seriamente, es decir partiendo de las tradiciones y de los procesos reales de recomposición de la acción obrera y de un análisis realista de las relaciones de fuerza entre las clases, en el sentido de reconstruir una alternativa anticapitalista y socialista.

Eso es todo. Muchas gracias.

**MARIA CRISTINA TORTTI.** Universidad Nacional de La Plata

Bueno, agradezco la invitación, y espero que lo que preparé bajo el tema abierto de “30 Años de Democracia” resulte de interés. Lo que preparé para conversar con ustedes es una especie de listado más o menos articulado de cuestiones que tienen que ver con cómo se ha abordado en estos 30 años la construcción de la Historia Reciente, en el campo académico, histórico, sociológico. Es decir, qué cuestiones y qué debates han tenido y tienen lugar en la reconstrucción de ese pasado, que como sabemos, bueno la historia reciente básicamente tiene dos capítulos: los años ‘60 y ‘70, los años de la insurgencia y de la protesta, y los años de la dictadura. Yo trabajo sobre los años ‘60 y ‘70, así que lo que voy a decir va a estar referido más bien a eso.

Me pareció interesante traer esta discusión aquí, porque creo que el debate sobre la Historia Reciente, junto con la cuestión de los Derechos Humanos, son dos temas que acompañaron como el alma al cuerpo a la democracia, durante estos 30 años. Uno puede decir que la construcción de esa historia empezó con la misma refundación del régimen democrático en el ‘83, aunque también podría pensarse que empezó un poco antes, en la misma campaña electoral del ‘83, cuando cada candidato se vio obligado a decir qué iba a hacer con las consecuencias de la dictadura.

Y ahí hay un primer elemento de discusión, aunque no haya sido una discusión explícita entre los candidatos. Como sabemos, ganó aquel que de alguna manera se hizo cargo de que el Estado debía hacer algo con esa cuestión, y resultó perdedor quien se proponía consagrar la auto-amnistía que los militares se habían regalado a sí mismos.

Este momento inicial tuvo su continuación inmediata en el informe de la CONADEP que, con sus más y con sus menos, fue una primera forma de nombrar

y responsabilizar personas y situaciones. Y lo hizo bajo esa forma que conocimos como la primera interpretación del pasado reciente que fue la “Teoría de los dos Demonios”. A la vez, los Juicios, junto con su enorme importancia, fueron el inicio de la “vía” que la sociedad argentina eligió, a través de sus representantes, para saldar la cuestión de los Derechos Humanos: me refiero a la opción por la “vía” de la justicia ordinaria, proceso que aún sigue desplegándose. Aunque en este plano, hay que hacer notar, como lo hizo públicamente hace un tiempo Pablo Rieznik (agradezco a Pablo que me pasó ese texto), que al mismo tiempo que esto ocurre, los testigos y las víctimas están continuamente reproduciendo sus mismos relatos, mientras los acusados siguen callando y el Estado parece no haber encontrado una forma eficaz para hacerlos hablar.

Traigo este tema porque pienso que ése fue el marco en el que se construyeron las primeras interpretaciones sobre la Historia Reciente, es decir los pocos trabajos que se publicaron en los años '80. Algunos de esos trabajos contenían como rasgo principal una fuerte crítica a la movilización social y política de las décadas del '60 y el '70 –sobre todo esta última. Y salvo algunas excepciones, los más conocidos de aquella época tuvieron como impronta la adjudicación de responsabilidad a la izquierda revolucionaria, por haber desatado la violencia política. Es decir que ya entonces había comenzado un movimiento de responsabilización hacia aquellos que habían sido derrotados y ferozmente reprimidos por la Dictadura instaurada en 1976. Fue en esa época cuando como parte de la estigmatización que recayó sobre el movimiento de protesta y radicalización, se adjudicó a las llamadas “ideas revolucionarias” el haber sido como el “huevo de la serpiente”, en tanto disparadoras de una violencia considerada “irracional”.

Luego, a partir del 20º aniversario del golpe de estado, la situación fue diferente: los temas de la Historia Reciente se expandieron y aparecieron muchas más voces y muchos más puntos de vista. Desde entonces, me parece visible la existencia de dos “subcampos” - el de los estudios sobre las décadas del se-

setenta y el setenta y el de los trabajos referidos al terrorismo de estado. Ambos han avanzado lo suficiente y, en mi opinión, cada uno de ellos ha logrado cierta autonomía y tiene sus propias discusiones, sus propios conceptos y sus propios debates metodológicos.

También quisiera referirme a algunas consecuencias que tiene para el trabajo socio-histórico la expansión de los estudios sobre la Memoria. En mi opinión, al tratarse de campos contiguos, se produce cierto traspaso de conceptos y puntos de vista. En este sentido, uno de los temas involucrados, y sobre el que no hay acuerdo, es el referido a cuándo comienza y cuándo termina el ciclo de la insurgencia: hay quienes piensan que el período arranca en el '55 con la caída del peronismo, quienes consideran que comenzó en el '69 con el Cordobazo, o en el '66 con la Revolución Argentina. Algo similar ocurre con la ubicación del “cierre” de la etapa: ¿se ubica en el '76? o antes, con la derechización del gobierno peronista a partir de la segunda mitad del '73?. Son todas cuestiones abiertas.

Haría una primera observación acerca de por qué importan los límites temporales: me parece que quienes para delimitar el ciclo de movilización eligen el período “corto” –digamos, del '69 al '76-, suelen recortar los años y también el escenario; ó dicho de otra manera: reducen la cantidad y variedad de los actores, y tienden a concentrarse en sólo uno de esos actores, las organizaciones político-militares. Un efecto de este doble recorte consiste en que el proceso parece reducirse a un enfrentamiento entre dos aparatos militares: las organizaciones político-militares y las Fuerzas Armadas. Y detrás de ese enfrentamiento, la sociedad y sus conflictos se esfuman.

Pero ese punto de vista, al que denomino “el doble recorte”, conduce a otro que también merece ser discutido: el que al tratar el proceso de protesta y movilización, escinde lo que considera “violencia social espontánea” y legítima -el Cordobazo, las huelgas-, de la “violencia racionalizada” e instrumental, a la que

se le adjudica haber obstruido el desarrollo “normal” de la protesta popular. En algunos trabajos, esta perspectiva suele culminar en la lisa y llana afirmación de que las organizaciones revolucionarias –sobre todo las armadas, pero no únicamente- habrían nacido al margen del movimiento social, y que al querer insertarse en él lo habrían desnaturalizarlo, además de convertirlos en blanco de la represión.

Para mí, el problema de esos enfoques consiste en que partir de tan tajante diferenciación puede llevar a planteos a- históricos, como consecuencia de no mirar ni al entorno ni hacia atrás, con lo cual oscurecen los orígenes de esas organizaciones y sus vínculos con el movimiento de protesta. En este punto, me parece oportuno retomar el punto de vista expuesto por Alejandro Kauffman, cuando afirmó que para estudiar el problema de la violencia política de los '60-'70, la pregunta esencial sería la referida a por qué en la Argentina, en esa época, se formó una “masa guerrera”. Es decir, preguntarse qué pasaba en la sociedad para que surgieran semejante malestar y semejante voluntad de lucha.

Quienes elegimos pensar en términos del período “largo” ('55-'76), encontramos más de un vaso comunicante entre ambos planos de la acción –social y política, mientras que quienes postulan una radical escisión entre ambas aún no han aportado suficiente investigación empírica que respalde sus afirmaciones. Desde mi punto de vista, esa manera de diferenciar drásticamente protesta social y radicalización política es consecuencia de una manera equivocada de utilización de “modelos” ó “tipos ideales”: en los estudios socio-históricos, los tipos ideales son un recurso de suma utilidad, siempre y cuando no terminen suplantando ú obturando la investigación empírica. Porque si los tipos ideales reemplazan a la investigación y la formulación de preguntas adecuadas en cada caso, pierden valor heurístico y se convierten en modelos de tipo normativo. Creo que una parte de lo escrito sobre Historia Reciente muestra ese sesgo normativo -y condenatorio- sobre la *nueva izquierda*.

Otro tema diferente, pero ligado a los anteriores, es referido a si el movimiento de protesta y radicalización política de los '60 y '70 puede ser considerado como un único y amplio movimiento de contestación. Es decir, si existe algún elemento que permita darle unidad a ese movimiento a la vez social político y cultural. Creo que sí, que pese a la gran cantidad y variedad de grupos y organizaciones que lo conformaron, existieron entre ellos importantes puntos de unidad que permiten considerarlos parte de un mismo y amplio movimiento de oposición. Esos puntos de unidad se observan en el tipo de prácticas que realizaban y en el tipo de discursos en que iban envueltas esas prácticas. Para englobar a ese conjunto, utilizo el concepto de *nueva Izquierda*, aunque sé que es un concepto discutible, y que efectivamente ha sido discutido. Lo uso para marcar la emergencia de una nueva forma de oposición social y política que fue más allá de la defensa de intereses de sector ó del repudio a un sistema político. Pero además, intento que el concepto *nueva izquierda* no se equipare a "izquierda revolucionaria" en tanto sinónimo de organizaciones armadas. Considero que el movimiento real fue muchísimo más amplio: incluyó, por supuesto a las organizaciones armadas, pero también a otras organizaciones revolucionarias -aunque no armadas-, además de todo el movimiento social y cultural dentro del cual se desarrollaron.

Para mí el concepto es como una puerta de entrada, una forma de nombrar, englobándolo, a ese movimiento de contestación dentro del cual se convivieron desde la guerrilla hasta el Cordobazo, y desde el clasismo en el movimiento obrero hasta los sacerdotes tercermundistas. Ha de notarse que uno de los rasgos compartidos por esta multiplicidad de actores provenía del hecho de que la idea del derecho al recurso de la violencia circulaba con bastante naturalidad, y no sólo como una forma para oponerse a la dictadura sino también como instrumento de transformación social. Finalmente, con *nueva izquierda* quiero reponer la unidad y complejidad de ese campo de fuerzas sociales y políticas, aunque sin unificarlos indiscriminadamente. Y también nombrar y lla-

mar la atención sobre ese espíritu de escisión que dominó a buena parte de la sociedad argentina en aquella época. Un período, y un proceso, en el que se logró, aunque sólo fuera en parte, algo muy difícil de conseguir: la politización de la protesta social y la puesta en marcha de una política que tenía como objetivo la transformación de la sociedad.

En cuanto a las dificultades que aparecen a la hora de explicar los '60-'70, es necesario tener en cuenta el desafío planteado por la cercanía/lejanía de procesos cuyo fortísimo impacto político está lejos de haberse extinguido, y cuyos efectos políticos perduran en la sociedad y en la política y en los debates sobre la construcción de la Memoria.

En tal sentido el investigador se encuentra siempre ante el riesgo del exceso de empatía con los protagonistas –sus ideas, ideales y proyectos-, o ante un déficit de comprensión de las condiciones históricas en las que actuaron. En tal sentido, me parece útil tomar en cuenta una indicación de Pierre Rosanvallon, cuando dice que para comprender una sociedad o una época, primero hay que poder identificar cuál era su nudo problemático, es decir el conjunto de cuestiones que esa sociedad percibía como sus problemas. Y luego identificar la racionalidad a partir de la cual intentó resolverlos. Creo que, en este caso, habría que captar la experiencia y la racionalidad de quiénes estando envueltos en los dilemas de su época, optaron por resolverlos intentando rupturas y tratando de torcer el curso de la historia. Si no se logra aprehender esa racionalidad, probablemente la explicación tropiece con dificultades insalvables. Además, procediendo de ese modo, a la vez que se evita caer en explicaciones puramente contextuales, se abre la puerta que permite computar errores y considerar responsabilidades. La distancia, y el conocimiento de lo que ya fue, permiten volver visibles aspectos entonces inadvertidos –o minimizados- por los actores, ponderar de otra manera la importancia de algunos acontecimientos –como el Cordobazo-, y también mostrar el callejón sin salida al que condujeron ciertas opciones políticas.

Habiendo llegado a este punto, me parece interesante plantear la cuestión de la relación de los estudios socio-históricos con el campo de la Memoria –ó de las memorias. Los debates que se dan en ese campo son, por supuesto, social y políticamente muy importantes. Sus temas y debates generalmente están marcados por una importante impronta ético-política y pedagógica, y muchas de sus discusiones se desarrollan en el terreno de los valores. Sin restar importancia a esos debates, es necesario tener en cuenta las diferencias respecto de los que se desarrollan en el campo de la Historia Reciente. En tal sentido, en los estudios socio-históricos solemos encontrarnos con criterios y conceptos que, originados en el campo de la Memoria, suelen teñir las investigaciones al operar como punto de partida y organizadores de la selección de los datos empíricos –a veces convertidos en “ilustración” de la postura previamente adoptada.

Respecto de este punto, Enzo Traverso ha llamado la atención sobre el hecho de que, como los estudios de la Memoria están muy relacionados con experiencias históricas traumáticas -particularmente el caso del Holocausto-, en su lenguaje abundan imágenes del tipo “la violencia como mal absoluto”, “la violencia como pura irracionalidad”, “milenarismo”, etc. Según este autor, cuando dichas imágenes se expanden a otros campos, por ejemplo al estudio de los “movimientos insurgentes” y al de las “revoluciones fracasadas”, suelen dificultar su explicación e historización.

En este sentido, y para terminar, no quisiera dejar de señalar aunque sea rápidamente, que en alguna producción de los últimos años puede observarse la impronta de la que venimos hablando. Pienso en trabajos más o menos recientes en los que, además de esa influencia, se advierte un cierto retorno de la “Teoría de los dos demonios”, aunque bajo formas más sofisticadas. En ellos el eje no suele estar puesto en la búsqueda de explicaciones sino en la adjudicación de responsabilidades a la *nueva izquierda* –particularmente a la armada-

porque al haber alimentado la violencia política habría contribuido al desencadenamiento del golpe de estado de 1976. De allí que en esta bibliografía el énfasis esté puesto en el reclamo de pública autocrítica —e incluso de juzgamiento— a los ex militantes más que en el esclarecimiento de las complejas condiciones histórico-políticas que, a mediados de los setenta, tuvieron una dramática resolución.

*(Aplausos)*

**ROLANDO ASTARITA.** Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Como se imaginarán, es muy sencillo hablar de treinta años de democracia en veinte minutos ¿no? Entonces, estuve pensando ¿qué digo?, y decidí tratar de vincular las tendencias, o las transformaciones que ha habido, fundamentalmente la evolución de largo plazo de la economía argentina, y las políticas económicas, con las transformaciones del capitalismo global, uno de los temas en los que más trabajo.

Son muchos los estudios en sociología y en el pensamiento progresista, de izquierda, que también parten de la totalidad. Es decir, parten de las grandes transformaciones ocurridas en los últimos 30, 35 años, en el capitalismo mundial y consideran que lo que sucedió en Argentina hasta cierto punto es un reflejo, o una expresión particularizada de esas tendencias mundiales. En lo que sigue también voy a partir de la totalidad, pero con una visión un poco distinta del enfoque que predomina.

El enfoque que predomina —pienso fundamentalmente entre principales investigadores de FLACSO, o de CLACSO, también en la Facultad de Sociales de la UBA— explica gran parte de las evoluciones en términos de conflictos entre fracciones de las clases dominantes y ejercicio o no de la hegemonía. Este

abordaje viene de la tradición de Nicos Poulantzas, y está muy arraigado. Se distingue porque intenta explicar las evoluciones y las grandes líneas en política económica a partir de determinar qué fracción o sector del capital expresa tal o cual formación política que está al frente del Estado.

Por ejemplo, recuerdo las explicaciones y debates que se daban en muchos ámbitos del pensamiento progresista a fines de los años 1990, cuando estaba por subir la Alianza. Típicamente, se consideraba que la Alianza expresaba a la fracción industrialista de la burguesía argentina, en oposición al capital financiero, que habría sido expresado por el menemismo. Algo similar ocurrió cuando asumió Cavallo, en la última etapa del gobierno de De la Rúa. La cuestión característica que se trataba de dilucidar era si Cavallo representaba al capital bancario, al capital financiero, a grandes grupos industriales, etc. Y también se podría plantear por estos días, en relación con el ascenso de Capitanich en el Gobierno, a qué fracción del capital expresa. A partir de aquí, la política se trata de explicar con el parámetro de hegemonía, o no hegemonía, etc. De conjunto, este enfoque está muy vinculado a la tesis de la financiarización, que también tiene sus raíces en una concepción del capital leído en términos de fracciones de clase.

Por eso estos dos enfoques, a saber, leer la política y las políticas económicas en términos de lucha de fracciones dentro de la clase dominante y ejercicio o no de la hegemonía, y la tesis de la financiarización, se potencian mutuamente para conformar una matriz explicativa que es sistemática.

Ahora, cuando pasamos al análisis de los cambios globales, la primera idea clave que sustenta el enfoque usual es que la globalización se relaciona con el surgimiento de un mercado financiero paralelo a los estados nacionales en los años 1960 y 1970, y que la fracción que representa los intereses del capital financiero toma las riendas del control político a partir de los años 1979-80, con el reaganismo y el teacherismo. Es la tesis de Chesnais, que en términos más o menos similares se repite en muchísimos análisis. Se sostiene que esta frac-

ción del capital, el capital financiero, impulsa las grandes transformaciones que duran hasta hoy. Todos conocemos en qué consisten estas transformaciones: hegemonía de los mercados por sobre la regulación estatal, libertad de movimientos a los capitales en forma transnacional, debilitamiento de los sindicatos, legislación sistemática anti trabajadores, y anti social, y medidas similares. Se afirma entonces que estas medidas responden de conjunto a una lógica de valorización especulativa. A partir de aquí, se hace mucho hincapié en que sería un nuevo tipo de capital, dada la presión por la permanente valorización del capital. En particular, muchos sostienen que hay una presión constante de los accionistas por la valorización de las acciones, con un resultado de estancamiento relativo a largo plazo del sistema capitalista. Por ejemplo, y según datos brindados en papers que circulan en nuestras ciencias sociales, la economía mundial habría estado prácticamente estancada en las últimas tres décadas. Así, se sostiene que entre 1980 y 2000 la economía mundial habría crecido a una tasa promedio del 1% anual.

En este cuadro, lo sucedido en Argentina en 1976 se explicaría por esta evolución que se desplegaba a nivel mundial. En breve, ¿qué fue 1976? Según la tesis dominante, habría sido la imposición *manu militari* de la fracción neoliberal (Martínez de Hoz a la cabeza) representante del capital financiero. Casi invariablemente entonces, las periodizaciones de los grandes cambios ocurridos en Argentina en los últimos 40 años parten de aquí, en conexión con el ascenso a nivel mundial del neoliberalismo, expresión del capital financiero.

Por supuesto, hay matices, pero en términos generales está muy extendida la idea de que entre 1976 y 2003 se imponen las políticas neoliberales, expresión, como dijimos, de los intereses del capital financiero. Luego, desde 2003 a 2013, para algunos seguiría el modelo neoliberal, con pequeñas variantes, en tanto que para otros se interrumpe la hegemonía neoliberal y financiera porque habría tomado la dirección la fracción industrialista desarrollista. Claro que entonces 2013 es signo de interrogación, porque hay problemas para encajar en

esta tesis al CIADI, a los préstamos acordados con el Banco Mundial, a Chevron, más el “arreglemos con el Club de París.

Lo cual podría dar lugar a nuevas especulaciones, siempre bajo el encuadre de “hegemonía financiera neoliberal al nivel mundial más explicaciones a partir de fracciones hegemónicas – no hegemónicas de la clase dominante”. Por ejemplo, si ahora mismo en Argentina se hizo cargo una fracción “intermedia”, o si se está imponiendo una nueva coalición, o si continúa el ala “industrialista” del capital, pero un poco encubierta o hay luchas entre las dos fracciones, etc.

Con problemáticas de este tipo, es lógico también que se planteen preguntas del siguiente tipo (que tomo de un paper producido por investigadores de FLACSO): ¿lo sucedido en la Argentina a lo largo de estos treinta años responde a una lógica dictada por el FMI y los organismos internacionales, o responde a una lógica interna de lucha de fracciones dentro de la clase dominante? Naturalmente, y dado el enfoque global, se establece una problemática de la que es muy difícil salir, y a la que también es muy difícil responder, dados los vacíos y *non sequitur* lógicos, así como carencias empíricas, que enfrenta la tesis.

Por eso, vayamos a los muchos problemas en ese enfoque; es necesario problematizarlos, explicitarlos, verbalizarlos, hacerlos concientes. Hay muchas cosas que no encajan, y por esta razón sostengo que es necesario adoptar otro punto de vista. Pero antes, señalo la larga saga del abordaje “fraccionalista”.

Es que el poner el eje en la distinción de las fracciones de la clase dominante como clave explicativa, está en consonancia con la inclinación de un sector de la izquierda a destacar, casi invariablemente, una fracción del capital progresista, de la fracción del capital reaccionario. Y a partir de esto, a brindar el apoyo a la llamada fracción progresista, que enfrentaría a la fracción reaccionaria del capital. Muchas veces esta táctica política se defiende con el argumento de “dado que no tenemos fuerza, hay que apoyar el mal menor”.

En los años 1960 o 1970 se planteaba esta divisoria con el argumento de la revolución democrática nacional y popular antifeudal. Hoy se dice en términos más gramscianos, y haciendo eje en el capital financiero como el gran enemigo. Pero básicamente, se trata de la misma matriz de pensamiento.

Voy ahora a los problemas que no encajan en la tesis usual, o encajan mal. Una de las primeras cuestiones es preguntarnos por qué, si esa división entre capital financiero y capital productivo es tan grande y decisiva, no se manifiesta en el seno del capital y no tiene expresiones políticas claramente definidas a través de diferentes programas económicos enfrentados.

Demos ejemplos tomados de la práctica cotidiana, actual, tanto a nivel mundial, como local. Por caso, ¿alguien puede decir qué diferencia esencial hay entre el programa económico social de Cameron y el de Holland en Francia?

O vayamos a la reciente entrada de los socialdemócratas en el gobierno de Merkel. Algunas cámaras empresarias protestaron un poco, pero ningún cuestionamiento serio. Por otro lado, Merkel no coincide totalmente con la línea defendida por el FMI frente a la crisis, pero... ¿hay una diferencia sustancial Merkel-FMI? Claramente, no existe. Y así podemos seguir con muchos otros países y situaciones.

Vamos a Argentina. Busquemos los presidenciales. ¿Qué tenemos? Pues Capitanich, Macri, Massa, Scioli, Binner. ¿Hay diferencias sustanciales en el programa económico social en esto? Se discute un grado más o menos de protección, una seguridad más o menos a tal capital pero ¿alguna diferencia fundamental? De nuevo, hay que reconocer que las diferencias son muy apagadas.

Otro ejemplo, en los años 2000, época del industrialismo y retroceso del capital financiero, según la tesis dominante del enfoque "fraccionalista". Si embargo, ¿hubo alguna queja de los tenedores de bonos indexados por PBI? ¿Hubo alguna protesta de los bancos por la bicicleta financiera que hacían con el Banco

Central, cuando le compraban los LEBAC a tasas exorbitantes? Por supuesto, ninguna, absolutamente ninguna.

Veán ustedes ahora la unidad que hubo en los 1990 detrás de la Convertibilidad. No sólo el capital financiero apoyó el plan Menem-Cavallo. La mayoría de las cámaras empresarias lo aplaudían. El día que se decretó la Convertibilidad, estalló de euforia la Bolsa, todas las acciones subieron, las productivas y las bancarias, todas.

Veamos otra cuestión: ¿cómo se explican tantos menemistas de los 90 transformados en K industrialistas de los 2000? Algunos teóricos del enfoque “fraccionalismo más hegemonía del capital financiero” apelan a la tesis del transformismo, y nos quieren convencer de que en los 1990 los Kirchner y otros “industrialistas” de los 2000 fueron comprados -sobornos y negociados mediante- en los 1990. Pero con esto abandonamos el terreno de la ciencia. Si las grandes líneas de evolución se explican por la venalidad de los funcionarios, estamos ante la bancarrota de la explicación científica.

Otra cuestión más importante, vinculada a ésta. ¿Por qué el capital industrial productivo iba a permitir una hegemonía permanente del capital dinerario? ¿Por qué iba a tolerar esa hegemonía, si además, y según la tesis dominante, el capitalismo mundial está estancado desde 1980? ¿Por qué Walmart, IBM, General Electric, por ejemplo, iban a permitir la permanente hegemonía del Bank of America y del City en EEUU? Si en última instancia son capitales por lo menos de igual peso. ¿O ustedes creen que las grandes petroleras, por caso, se tienen que subordinar a lo que le diga el Bank of America? Y así a nivel mundial.

Por otra parte, tampoco encaja la tesis del estancamiento. La realidad es que la economía mundial creció, entre 1981 y 2000 creció a un promedio anual superior al 3.2%. Y del 2000 al 2008, superior al 4%. Pero la idea del estancamiento es vital en la explicación “hegemonía financiera, desplazamiento del sector productivo, ergo parasitismo”.

A la vista de estos problemas, he planteado desde hace años la necesidad de adoptar otro enfoque global. Aclaro que me han acusado de economicista por lo que voy a plantear. No voy a tener tiempo para discutir la cuestión del “economicismo”, pero sostengo, efectivamente, hay que comenzar las explicaciones y los análisis por los cambios que ocurrieron al nivel del desarrollo de las fuerzas productivas, y las relaciones de producción dominantes, que son las del capital mundializado. En base a esto, mi idea es que el neoliberalismo no reflejó el programa del capital financiero, sino que fue la respuesta del conjunto del capital, a la crisis mundial de acumulación de los '70. Por eso no se pueden explicar los cambios habidos en el mundo solamente como el producto de la aparición de un capital financiero paralelo a los estados (lo cual, además, no tiene mucho sentido), sino como una respuesta del capital a su crisis de acumulación. Y esto se refractó de manera particular en Argentina y en otros países.

Desde el encuadre teórico que defiendo, plantearía entonces que hay diferencias en las fracciones dominantes, pero son diferencias dentro de la unidad. Por eso, de hecho, el programa neoliberal de Reagan y de Thatcher tuvo el apoyo en EE.UU y en Gran Bretaña del conjunto de las cámaras empresarias; y no solamente de los industrialistas, sino también de grandes sectores de la pequeña burguesía. Esto hay que reconocerlo. Precisemos que hoy la ideología del Tea Party no es la ideología de los grandes monopolios, o no es principalmente la de los grandes monopolios, sino la de amplias franjas del capital, incluido el medio y pequeño.

De la misma manera, la ideología pro mercado y anti sindicatos estaba presente en época de Reagan en amplias masas del capital medio, de los capitales pequeños, etc. El neoliberalismo fue así una respuesta del conjunto del capital. Además, la salida de la crisis de los '70 fue expansiva, a diferencia de lo ocurrido en los 30, cuando el mercado mundial se contrajo. Durante la Gran Depresión el mercado mundial se rompió (a partir de la crisis austriaca de 1931) y es-

to generó el teterreno propicio para el surgimiento de los nacionalismos. La resolución de la crisis de los '70 fue expansiva, esto es, profundizó la mundialización del capital. Lo más importante, lo sabemos, es la entrada del capital en China primero, y luego en la URSS y Europa del Este.

Esta forma de resolución de la crisis y sus consecuencias, marcaron en Argentina, y en otras partes, el fin de la estrategia de industrialización con sustitución de importaciones. El golpe del '76 hay que entenderlo en este marco.

Por eso también se abría un largo período de crisis en el país. Es que Argentina estaba a contramano de las tendencias mundiales que empezaban a imponerse. Principalmente el intento del capital de restablecer la tasa de ganancia desvalorizando a la fuerza de trabajo, disciplinándola, disminuyendo el poder de negociación de los sindicatos. Como recién nos decía Adrián Piva, en Argentina había habido, al menos desde los mediados de los 1940, una vieja tradición de organización y resistencia obrera, dada por la comisión interna y los cuerpos de delegados de empresa. Además, estaba la larga práctica del peronismo sindical de base y de activistas de izquierda en la lucha reivindicativa y gremial. La dictadura (con el apoyo de prácticamente toda la burguesía) procuró desarmar, desarticular este entramado, con la represión feroz que todos conocemos.

Sin embargo, en 1983 la ofensiva del capital sobre el trabajo no había terminado. En los años 1980 los salarios fueron bajados con la inflación, que termina en la hiperinflación. Y luego vendría la ofensiva privatizadora, y las aperturas comerciales, y el chantaje de la movilidad del capital (si los trabajadores no aceptan tal o cual convenio, el capital amenaza con desplazarse a otro país o región).

Se va imponiendo una lógica del capital, que se afianza definitivamente en los años 1990. Observemos que los noventa ya no son de crisis continua. Tampoco de retroceso productivo permanente. En esta década, el panorama fue más

complejo. Hay un texto que recomiendo por ser muy revelador, de Kulfas y Hecker, editado en 1998 por el Centro de Estudios de la Producción, titulado “Inversión extranjera en Argentina en los 90”. Matías Kulfas es actualmente un alto funcionario del kirchnerismo. Pues bien, en este texto Kulfas defiende el proceso de inversión ocurrido en los 90. Presenta datos sobre la importante inversión en minería (sector productivo), en el complejo sojero (sector productivo), en el complejo maicero, en el automóvil (también productivos). Todos pilares -fíjense las continuidades- del modelo industrialista de los 2000. Es importante tener presente estas continuidades, que de nuevo, no se pueden explicar satisfactoriamente con la tesis fraccionalista usual.

Subrayo que hoy en la Argentina existe un déficit de la balanza comercial industrial de unos 32 millones de dólares. Si no hubiera un precio de la soja tan alto como el actual, tendríamos una crisis muy fuerte en el sector externo. De manera que hay continuidades, y los cambios hay que entenderlos dentro de esas continuidades. Por otra parte, los cambios dentro de las continuidades hay que englobarlos en esta lógica global del capital. No se pueden explicar en términos de luchas de fracciones. La explicación “cambió la política porque a partir de tal fecha se impuso tal fracción del capital”, no explica nada.

En ese sentido, pienso que lo que está en el fondo de este problema es una incompreensión de la naturaleza profunda del capital. La presión por la valorización permanente no es otra cosa que capitalismo. El Capital, de Marx, sirve para entender esta realidad. No es solamente para estudiarlo (como se hacía antes en los partidos de izquierda) en los cursos de verano, para después, durante el año leer Clarín y donde dice “ganancia” leer “plusvalía” y se acabó. ¿Por qué digo eso? Pues porque volviendo a las nociones básicas se entiende la unidad del capital, su lógica, y aparece así bajo una nueva luz lo que la tesis de la financiarización intenta presentar como novedad absoluta.

Recuerden la fórmula con que Marx introduce el concepto de capital: dinero-mercancía- dinero'.  $D - M - D'$ . Es la lógica del capital, de la valorización. Cuando se dice el capital busca la valorización, valor que pare valor y plusvalor, y esa plusvalía genera capital, para generar plusvalía, para generar capital que genera plusvalía, ésa es la reproducción ampliada del capital, que responde a una lógica por la cual el capital subsume cada vez más sectores y más fuerza productiva para generar más plusvalía para generar más capital. En la medida en que la clase obrera no se le oponga, esto sigue funcionando. Ésta es la naturaleza profunda del modo de producción capitalista.

Es el capitalismo valorizándose bajo distintas formas, que puede ser capital dinerario, que puede operar en los mercados de derivados; que puede ser el capital invertido en el petróleo o en hacer hamburguesas, no importa. El capital que hace hamburguesas es productivo; el que hace soja, es productivo; el que hace acero, es productivo. Y ese capital productivo es una de las formas de existencia del capital junto con el capital financiero.

El capital financiero, a su vez, no existe sin ese capital productivo. Y viceversa, el capital productivo necesita del capital financiero. Por ejemplo, los mercados de derivados no son solamente especulación financiera, ya que a su vez están profundamente imbricados con el capital productivo. El capital industrial usa los instrumentos de derivados. Ya Hilferding, se había dado cuenta de esto. En El Capital financiero tiene un capítulo extraordinario sobre derivados, donde demostraba que la especulación financiera es consustancial del capital. Por lo tanto, hay una unidad profunda entre todas estas formas del capital. Y esta unidad profunda es la base, o el marco, de las políticas más generales, en el largo plazo, de los Estados y gobiernos. El problema de la tesis fraccionalista es que pierde de vista esta constricción que llamaría estructural.

Ahora bien, esto no significa negar que hay diferencias. Pero las diferencias no obedecen a esa división relativamente artificiosa que se ha hecho: "capital di-

nerario, por un lado; capital productivo, por el otro” sino que reconocen lineamientos mucho más complejos. Por ejemplo, en las diferencias que puede haber sobre el tipo de cambio encontramos complejidades que no corresponden directamente al capital financiero productivo, o a las diferencias que uno puede encontrar en torno a posiciones más estatistas o más pro mercado. Observen, por ejemplo, cómo es una falsa discusión la del Estado versus mercado, porque al margen de alguna empresa estatal a la cual se le deja tener déficit (porque, por ejemplo, se convierte en caja política de una fracción gobernante), de conjunto las empresas estatales se someten a los dictados del mercado: cotizan en Bolsa de valores, presentan balances. Lo vemos en la brasileña Petrobras, que es castigada por estos días en los mercados porque sus balances no son buenos.

A nivel global, las leyes del capital se imponen a través de la competencia y la movilidad del capital, que ponen una presión constante sobre la clase trabajadora. Como explicaba Marx, la competencia actúa como un látigo que obliga a cada capital a ir hasta el fondo en la explotación de sus trabajadores. Entonces, las aperturas de los mercados, la subordinación a la lógica del mercado de todos los poros de la economía, es lo que plantea un marco de análisis cualitativamente distinto del de la tesis fraccionalista, ya que pone en el primer plano la contradicción capital/trabajo.

Los cambios y evoluciones que hoy estamos viendo que se están produciendo se pueden explicar mucho más fácilmente desde esta lógica del capital, sin necesidad de acudir a estas cuestiones de fracción tal o cual. Esto tiene implicancias políticas que son fáciles de deducir. Y paro aquí porque me pasé del tiempo.

Gracias.

## INTERVENCIONES DEL PUBLICO

**Flabián Nieves** -Rolo, cuando vos decís que la crisis de los '70 es expansionista, me pregunto si no es expansionista también porque es el momento en que el capital se abre más a los llamados mercados ilegales, por lo menos que trascienden la legalidad burguesa. Por ejemplo, ¿no es el momento en que empiezan progresivamente a aparecer los paraísos fiscales y los flujos de capitales en mercados ilegales. Aunque también pienso que la división legal/ilegal tampoco es sustancial. Porque el capital ilegal siempre es semi-legal, no hay posibilidad de tráfico de drogas si no hay blanqueo de capitales, están metidos todos los bancos y todos los bancos viven de eso. Por eso hablo de esta semi-ilegalidad o de esta ampliación de límites.

**Público** -Yo quería hacer tres preguntas. Una a Adrián Piva, sobre el carácter de la acumulación originaria, por así decirlo, de la democracia argentina, de esta correlación de fuerzas entre clase obrera y sectores dominantes, ¿cómo se resolvería esta tesis del empate hegemónico?

La otra pregunta está dirigida a la Profesora Tortti en relación a su mención a la primera elección en democracia y la elección consiguiente de la sociedad de una vía particular de resolución para el juzgamiento de los crímenes de la dictadura, en tanto resulta electo el partido que se opone a la auto amnistía de los militares. También es el partido que propone el juzgamiento de las conducciones de las organizaciones armadas. Por otra parte el mismo partido estuvo comprometido desde el '55 para adelante, para hablar de un proceso largo, con todas las experiencias de ruptura del orden democrático. Hoy, en la recuperación de la memoria política Alfonsín -y el radicalismo en el '83- sigue apareciendo como el padre de la democracia.

Y la última, dirigida al profesor Astarita, es una cuestión ligada a la problemática económica, al peso que tiene la problemática de la negociación / no negociación de la deuda externa para la estabilidad del régimen político argentino, las distintas posiciones que tuvieron los diferentes ministerios de economía, ya sea en el menemismo, en la actualidad con el Club de París, etc. ¿Qué opinión le merece el peso que tiene para el régimen político argentino como se resuelve esa negociación de la deuda externa?

**Falbián Nievas** Para Cristina Tortti, en relación a tu mención del tema de la memoria, ¿se podría pensar como una suerte de tensión entre historia y memoria, y que los estudios de la memoria sean más bien una suerte de creación de mitología, con lo cual irían exactamente en línea contraria de la historia?

**Inés Izaguirre** –Quisiera agregar una pregunta. Cristina Tortti señaló en un momento qué pasó en la Argentina para que hubiera semejante masacre, y comparando con el discurso de Marx y la lógica del capital me pregunto cómo vivió el capital, para nuestro país por lo menos y para el Cono Sur, la movilización de los '70, cuánto le molestó para que hiciera lo que hizo. Y me lo pregunto también comparando con Guatemala, donde hubo cinco veces más crímenes, y sobre indígenas.

**Adrián Piva:** con respecto al problema de la fractura de la clase dominante, yo creo estar de acuerdo con la tesis original de Portantiero de la fractura de la clase dominante. Y frente a la idea de una burguesía diversificada, yo creo que efectivamente hay un proceso que se inicia en el '76, que no es un proceso que nace espontáneamente en el '89. De hecho, cuando uno observa los debates, sobre todo hacia el final del alfonsinismo en el Plan Primavera pero

también el Plan Austral, más bien los debates son sobre las velocidades y los modos de implementación del proceso de acumulación capitalista. Las fracciones que impugnan el proceso de reestructuración que se desarrolla después son generalmente muy débiles, son sectores de pequeña y mediana industria, no hay una diferencia profunda en ese punto. Por lo tanto, el proceso de unidad empieza antes pero creo que se termina de soldar a partir de la crisis del '89 y con el desmantelamiento de los fundamentos del viejo modo de acumulación. En ese sentido, sí me parece que por eso el '89 tiene un lugar tan importante. Porque justamente lo que hace es fragmentar a la clase obrera por un lado y producir las condiciones de la unidad de la clase capitalista por el otro, que para mí no es una mera unidad de negocios, como plantea Basualdo, que se disuelve en el '95 con el cambio de manos de la venta de acciones, sino que es una unidad profunda en términos del tipo de acumulación de capital, orientado a la exportación de productos de bajo valor agregado, al tipo de inserción de la economía en el mercado mundial.

Yo tiendo a pensar como Rolo, que desde el 2003 en adelante no es posible comprender el proceso de crecimiento sin aquel fundamento de la reestructuración del capital, y que ésa no es puesta en cuestión. O sea, no estoy diciendo con esto que no cambió nada en términos económicos desde el 2003, lo que digo es que hay una unidad del capital construida en los últimos veinte, treinta años, que es profunda y duradera y ése es un cambio muy importante respecto del periodo previo.

**María Cristina Tortti:** Para responder voy a comenzar diciendo que al principio dije que son temas en debate. La sociedad argentina eligió un camino, quiero decir que podría haber habido otro. En realidad, tengo presente el día en que perdimos la batalla por el otro, que se había pensado en una forma de enjuiciamiento político a través del parlamento, etc., cosa que fracasó rotundamente porque cuando fuimos al Congreso no había nadie esperándonos.

Con esto quiero decir que se inició el camino de la justicia ordinaria con las presentaciones individuales, que ahora en parte están siendo reparadas por la reunión de causas.

Respecto de lo que dije del pre '83 y de la CONADEP y los juicios, de todas maneras me parece que hay una enorme diferencia entre haber querido legitimar la auto amnistía y haber hecho los juicios que se hicieron. Los juicios fueron una cosa fundamental y no se organizó ninguna cacería de militantes revolucionarios; hubo dos o tres que fueron juzgados y no les pasó mucho más.

**Público:** Me refiero al hecho de que como herencia para el sistema político argentino post dictadura se silencia, por ejemplo con este discurso de que Alfonsín es el padre de la democracia, que los partidos políticos en Argentina, no necesariamente son los vehículos y canales usuales del ejercicio de la democracia.

**Cristina Tortti:** Bueno, esa es otra discusión. Con respecto a la pregunta sobre la diferencia entre historia y memoria, es difícil...

**Flabián Nievas:** Los estudios de la memoria tienden a crear mitologías sobre posiciones ético políticas. La historia siempre es una reconstrucción crítica, no es que haya una sola verdad pero por lo menos intenta ser objetiva en la construcción. Pero los estudios de la memoria están más bien preocupados en enfatizar algunas cuestiones, como vos señalabas, que “toda violencia es mala”, con lo cual se construyen imágenes mitológicas. que también es una forma de eludir otra cuestión, que es la problematización de la toma de conciencia. Que no es memoria, son cosas muy diferentes.

**Cristina Tortti:** Por eso yo dije que los discursos de la memoria eran pedagógicos. Es un discurso, para mí, ético político, y con esto no lo estoy desmereciendo. Pienso que es otra cosa, relativamente diferente de cómo se construye historia y un análisis sociopolítico de los procesos. Pero ocurre que una pregunta dominante entre quienes trabajan cuestiones de memoria es por qué ocurrió semejante cosa en la Argentina, y qué hay que hacer para que no vuelva a ocurrir. No todos dan la misma respuesta pero hay una respuesta predominante y deriva en el tema de la violencia política, y la responsabilidad finalmente es de la violencia política que parece que sólo desataron las organizaciones revolucionarias. Entonces, ahí se arma un eslabonamiento de argumentos y aseveraciones que es lo que a mí me parece que a veces se filtra cuando se hace historia reciente, o que gente que escribe ensayos generales sobre el pasado reciente, desliza una serie de consideraciones que luego otros toman como hipótesis de trabajo. No se lo adjudico sólo a los otros pero digo que hacer historia o análisis sociopolítico de procesos históricos requiere ver la complejidad de lo que pasaba, lo cual no quiere decir justificar todo lo que pasaba, pero sí no es difícil comprender.

**Rolando Astarita:** Sobre el tema de la expansión del capital. Específicamente sobre el tema de la droga, yo hace años escribí una nota donde planteaba como hipótesis que la droga le permitía a una fracción de la clase dominante argentina, a partir del dominio del aparato del Estado, insertarse en la globalización, en los circuitos financieros y del capital financiero internacional. Y que por tratarse de una actividad ilegal, ese dominio del Estado y del aparato estatal le permitía extraer una plusvalía de monopolio, por encima de una tasa media de ganancia, y que esto podía explicar ciertas características del enfrentamiento, a veces brutal, político, pero también a los tiros, por controlar sectores del aparato estatal a partir de los cuales se podía realizar esta acumulación.

Y que era una respuesta desde ese punto de vista de fracciones que habían sido afectadas por las aperturas comerciales, a la nueva situación que se había creado. Es decir, una manera de reinsertarse en la acumulación capitalista. Ahora, a mí me parece que el problema de la expansión y movilidad del capital es un problema que trasciende esto, ha sido muy importante porque la movilidad del capital junto con la desocupación es un arma del capital frente al trabajo. Esto es fundamental y doy algunos ejemplos porque si no no se entiende. Esto que se discute en Argentina y que ahora ya lo dice Capitanich, “queremos generar las condiciones para que venga el capital”, es la condición de existencia de todo estado capitalista, y la amenaza del capital de retirarse pesa como un chantaje frente al cual la clase obrera muchas veces no puede dar respuesta porque la respuesta tiene que ser socialista y en los marcos de la lucha reivindicativa no se puede dar.

La primera vez que los sindicatos norteamericanos firmaron convenios por los cuales los salarios no subían fue por la amenaza de Ford y General Motors (las automotrices siempre sentaban en EE.UU. las pautas para el resto), de que si esto no era aceptado por los sindicatos seguirían mandando trabajo a México o a Corea e importando autos baratos. En la época de Reagan se decía que el tipo de cambio apreciado permitía dominar el conflicto social mediante la importación. Esta es una presión permanente, por eso no se puede explicar en términos de traición. Doy un ejemplo: cuando yo empecé a militar juntábamos plata por Vietnam. Luego te daban un anillo que decía que era hecho con acero de una avión yanqui derribado y estábamos muy orgullosos con eso. Digo esto por lo que despertaba Vietnam. En el '75, los yanquis se van de Vietnam subiéndose en los helicópteros, todos teníamos esa imagen. En el '76, el gobierno de Vietnam pide la entrada al FMI; en el '80 Vietnam ya empezaba a ser alumno modelo del FMI. Esto no se puede explicar solamente en términos de traiciones.

Cuando vino Motorola a la Argentina se hizo un concurso entre ciudades brasileñas y argentinas para ver cuál le daba mejores condiciones de explotación. Ganó Córdoba. Es complicado para la izquierda ir con un volante el día que abre Motorola y decir: -“cerremos esto, que se vaya Motorola porque estas son condiciones leoninas”. Por eso digo que la respuesta es socialista de conjunto, no es la mera lucha reivindicativa. Porque aquí se ve claramente que la contradicción es capital / trabajo. Motorola actuó como actúa cualquier capital diciendo voy al lugar que me permite valorizarme mejor. Algunos dirán, es la lógica del capital financiero; ¡es la lógica del capital! Esto es lo que trato de explicar, y lo hace un sector supuestamente industrialista.

Con respecto a la deuda externa. Primero, pienso que la deuda externa argentina sirvió para financiar la salida de capitales de la burguesía argentina. Incluso hay un buen trabajo de unos economistas del CEFID-AR, que es un organismo del gobierno, donde dijeron que hay una correlación del crecimiento de la deuda externa con el crecimiento de los depósitos de argentinos en el exterior. En los años '90, Argentina en realidad no pagaba la deuda, no había lo que Keynes llamaba una transferencia en términos reales. Una transferencia en términos reales se tiene que hacer con superávit en la cuenta corriente, y Argentina tenía déficit en la cuenta corriente. Entonces, ¿cómo se transferían capitales al exterior si no había superávit en la cuenta corriente? Mediante la toma de préstamos.

El conjunto de la burguesía argentina aplaudía los endeudamientos. Cada vez que se renegociaba la deuda, aparecía grande: “éxito en la negociación” y había gente que estaba en la oposición, y decía “no quiero criticar para no entorpecer las negociaciones que está llevando -por ejemplo- el gobierno de la Alianza”. Era ése el discurso dominante. Entonces decimos: no pagamos, somos anti imperialistas, hicimos un gran negocio financiando los capitales, ahora que se jodan los bonistas extranjeros.

Yo recuerdo incluso que aquí venían los representantes de los bonistas italianos y le pedían a Argentina actuar contra los bancos. No sé si ustedes saben que legalmente los bancos no podían vender la deuda argentina. Un banco cuando coloca deuda, tiene que decir el peligro que representa comprar esos bonos. Los bancos italianos agarraban a un jubilado y le decían comprá estos bonos y después acusábamos al bonista italiano de atorrante, sátrapa y todo lo demás, los bancos quedaban librados de toda responsabilidad y la burguesía argentina aparecía como antiimperialista diciendo no pagamos la deuda.

Y después Argentina volvió también al mercado de capitales ¿y quién nos prestó? Al 15% el compañero Chávez le prestó a la Argentina. Ahora, a nadie se le ocurre decir: no le paguemos a Chávez por usurero. Entonces yo sobre esto tomo mucha más distancia. Creo que lo primero que hay que hacer es explicar la naturaleza de esto. Como también explicar qué significa hoy que el ANSES o el gobierno esté rifando los bonos de los jubilados. Están tirando y desvalorizando los bonos del ANSES para bajar el líquido. Se está comprometiendo a la gente común, a los jubilados y esto sirve al reciclaje de la burguesía.

Otra cuestión breve sobre esto es que en la izquierda existe mucho la idea de la “bancarrotta del capitalismo”, que si no pagamos la deuda va a entrar en quiebra el capitalismo. Y esto no es así, esto no es como un negocio. Los estados no quiebran así, no hay una bancarrotta del capitalismo. ¿Qué es lo que sucede? Había un ministro francés que en el siglo XVII, XVIII decía que para que un estado funcione bien había que quebrar una vez por siglo. Entonces quebraron casi todos, uno de los pocos que no quebró fue EE.UU. y en realidad en el 71, cuando cierra Bretton Woods EE.UU. hizo un enorme desfallo. Porque te pagaba con dólares que afirmaban que iban mantener pero en el '79 el dólar se desvalorizó. Entonces, defaultearon todos porque el default es una parte del mecanismo normal de desvalorización de los capitales que opera en toda crisis y a partir del cual el capitalismo limpia el terreno y vuelve a generar las condiciones. Entonces sobre este tema pienso que debemos de-

nunciar el mecanismo, la naturaleza de la deuda, qué significó la deuda y no comprometerse en banderas nacionalistas. Incluso aclaremos que gran parte de los tenedores de la deuda son tenedores argentinos. No es un problema nacional, es un problema del capital, de fracciones del capital que son tenedores de esta deuda.

Hago otra aclaración también sobre esto. Yo creo que incluso un gobierno socialista no tiene que prometer que no va a pagar la deuda. Lenin les recomendó esto a los comunistas alemanes. A mí me parece bárbara la recomendación porque aparte es un llamado a no ser nacionalista. ¿Lenin qué les dice a los comunistas alemanes? No pagar la deuda no va a depender solamente del proletariado alemán (eso es ser nacionalista), va a depender del proletariado alemán y de la ayuda que pueda dar el resto del proletariado mundial. Lo que pueden prometer ustedes es que van a tratar de no pagar pero no saben si van a tener que negociar.

Y lo último, generalmente no cuento esto porque es un tema un poco desagradable para hablar, yo creo que el capital en los '70 mató, torturó, etc. porque quería quebrar la resistencia obrera y popular y lo tenían muy claros. Perón entendió a fondo este problema y por eso mandó la AAA. El peronismo de izquierda de los '70, por lo menos la JTP, los que peleaban por las comisiones internas, se diferenciaba de éste peronismo supuestamente de izquierda en que rompieron con Perón cuando éste les ordenó apoyar a la burocracia sindical. Era un punto neurálgico para todo el sistema el fermento muy fuerte que significaban las comisiones internas en muchas fábricas, las coordinadoras, como terminó pasando en Ford, Mercedes Benz, en muchas fábricas, y eso había que destruirlo a sangre y fuego, y ese fue el sentido de la AAA y estaba en la lógica del capital en mi opinión. Por eso el capital colaboraba.

A mí cuando me interrogaron, la segunda vez que estuve preso, me mostraban los llaveritos que les habían regalado la patronal de la Chrysler. Los tortu-

radores me decían: “¿ves? nosotros trabajamos juntos”, y la Mercedes Benz también. En el '76, cuando estuve secuestrado y me estaban atando en la *parrilla*, uno me decía “a vos te voy a dar porque sos socialista”, yo tenía claro que me lo daba por eso y él lo tenía claro; teníamos todo claro. No era que el tipo tenía un ataque de bronca. Eran tipos relativamente bien preparados, era todo muy tranquilo.

Esto es el capital, el capital no es una sociedad de beneficencia, es una sociedad basada en la explotación. A fuerza de decirlo el concepto de explotación pierde su contenido: explotar quiere decir que una parte de la sociedad vive sobre el trabajo de otra parte. Esta es la idea de la explotación. Entonces, ésta es una sociedad desgarrada por esta contradicción. Por eso hay una guerra civil latente, permanente. Por eso no hay garantía de que no vuelva a suceder mientras exista esto. Por eso estoy en contra de decir que son dinosaurios. No, el dinosaurio es una cuestión extinguida; estos no están extinguidos, esto sigue latente en tanto exista el capital. Y no hay garantías. Esta es mi opinión del tema. Esto no respondió a que era la fracción financiera del capital que era particularmente amante de la electricidad. Respondió a una visión más de conjunto de todo el capital y que incluso abarcaba más de conjunto a Chile, a Uruguay y a otros países.

**Pablo Bonavena:** Un breve comentario en relación a la intervención de Cristina Tortti. Yo recuerdo la resistencia que generó en el *Interescuelas* cuando por primera vez Irma Antognazzi abrió una comisión de Historia Reciente. Estábamos en Mar del Plata, y había unas 150 personas. Si uno va al *Interescuelas* ahora la Historia Reciente tiene un nivel de presencia casi insoportable. En ese marco justamente se da con mucha fuerza esa construcción mitológica de la que hablaba Flabián. Entonces uno va y están todos con la lupa buscando alguna crítica para hacerle a la militancia de los '70, o son machistas, militaristas, la lista de problemas es impresionante. Son miradas de la

historia reciente pero encadenadas con la mirada de la memoria: machismo, militarismo, izquierdismo, infantilismo.

**Cristina Tortti:** Justamente aplicarle al pasado conceptos del hoy, inexistentes entonces, que no estaban en la discusión. Todo por haber sido militantes. También son modas y facilidades para pensar. En el tema de la memoria ha habido desde el principio, desde el informe de la CONADEP hasta hoy, oscilante pero creciente intervención del Estado. No es lo mismo que hacer análisis histórico y sociológico de los procesos. Entonces, que no se filtren como verdades, las opiniones. Ahora algunos le dan la importancia al hecho de que va a haber pensiones para ex militantes de los años previos al golpe porque es un reconocimiento de que en democracia, en el sentido de que funcionaron las reglas de la democracia política, ya pasaban cosas por las que la gente ahora se considera una víctima y pide una reparación. Por eso el tema de los límites del periodo también tiene importancia.

**Irma Antognazzi-** Sí, con respecto a esto de historia y memoria, un comentario. Yo concibo que son dos polos de una unidad dialéctica: historia y memoria; que en la medida que avancen los estudios historiográficos (con toda la teoría como hablamos antes, estudios profundos, no opiniones), que se vaya avanzando en el contexto de cómo operaba el capital, que se vaya avanzando en el conocimiento historiográfico, este polo de esta unidad puede alimentar el otro polo que a veces lo antagonizamos, y lo dejamos separado y creemos que memoria es un “viva la pepa”, que son recuerdos. Entonces esto lo ligo, si son dos polos de una unidad dialéctica, esto quiere decir que se alimentan mutuamente, que puede haber prioridad de uno o de otro, según quién lo estudie o según el momento histórico. Pienso que esto se tiene que ir entrelazando.

Por otra parte, a veces tendemos a confundir y creemos que la memoria es sólo del campo popular. ¿Y la memoria de los que no son del pueblo? También es memoria. Entonces, creo que hay que ponerse a ver también las batallas por la memoria. Para que un pueblo logre homogeneizar y avanzar en una memoria histórica, viendo todos los factores en juego, y ubicándolos en contexto. Para los que creemos que hay que ponerse a pensar el problema de cómo avanzar en la deconstrucción del capitalismo y en el avance hacia una sociedad mejor creo que es muy importante estudiar el proceso de los '60-'70, tenemos que estudiarlo y, convencidos que hubo una derrota, ver qué factores operaron, porque lo necesitamos en el presente. En el presente, porque lo que digo lo digo desde la historia del presente. La historia del presente también es historia que se está haciendo. Y con respecto al capital, yo creo que hay que meter quizás la cuestión política en cada momento histórico, en cada contexto, es decir, cómo el capital y sus diferentes fracciones -retomo esto- se mueven políticamente en cada momento. Que es útil para el campo popular.

**Público-** Yo no estoy muy de acuerdo con la dicotomía acerca de los trabajos sobre historia y los trabajos sobre memoria. Me parece que son diferentes, me parece que tienen objetos de construcción distintos. Y que los hay serios y no serios, que hay aquellos en donde el énfasis está puesto en un ensayo o en una cuestión normativa, y algunos que tienen investigación empírica. Así como hay trabajos historiográficos que recortan el periodo -y en algún sentido tampoco pueden entender algunas lógicas que son más complejas. Creo que hay ensayos normativos, éticos, o que quieren poner la cuestión de la violencia desde una mirada específica.

Me parece que también hay trabajos que hablan de periodos históricos, que también tienen miradas sobre la violencia, que son fuertemente normativos. Y que tienen un gran interés los estudios científicos en relación a la construc-

ción de las representaciones en torno del pasado. Porque es interesante saber por qué determinados aspectos, determinadas relaciones sociales toman un énfasis importante y otros no, y esto solamente se pueden entender en relación intrínseca con los procesos históricos que sucedieron en ese momento. Pero yo lo que no comparto tanto es que unos sean trabajos de historia y otros sean trabajos de memoria. Porque me parece que por lo menos en la historia reciente, hay muchos trabajos fuertemente normativos también.

**Cristina Tortti** -No, me parece que unos son estudios de la memoria y otros podemos referir a los procesos de construcción de memoria social. Por supuesto que son todos planos en los que es difícil marcar diferencias pero yo me refería a otra cosa. Por eso agregué la cuestión de que en los estudios hay una fuerte intervención del Estado. No lo planteo como dicotomía sino como dos andariveles, no dicotómicos. Otro vicio común es, dado que yo sé cómo termina la historia, leo todo el desarrollo como llevando a ese final y no puedo encontrar nunca qué opciones hicieron los actores en determinado momento.

-Gracias a todos.